# CARTAS FUSIONISTAS,

ESCRITAS
EN LOOR Y APOYO DE LA POLITICA GOBERNANTE,
Y DIRIGIDAS A LOS BUENOS LIBERALES DE ESPAÑA Y SUS ISLAS POR UNA SOCIEDAD DE ADMIRADORES DE LOS GRANDES PRINCIPIOS, LOS GRANDES HOMBRES Y LAS GRANDES COSAS DE LA SITUACION.

BIBLIOTECA SALA DE VARIOS CREADA EN 1867 NACIONAL

## CARTA OCTAVA.

### SUONI LA TROMBA INTRÉPIDA.

**Sr. D.....**

*Madrid* 10 *de Abril de* 1881.

MUY SEÑOR NUESTRO: Juremos, en presencia de las próximas elecciones de Ayuntamientos, hacer cuanto humanamente nos sea posible, y algo más, para que en ninguno de ellos quede un triste concejal conservador. Juremos por lo más alto, por lo más útil, por lo más respetable que entraña hoy nuestro partido: por el tupé, es decir, por la docta sangre fria de nuestra jefatura indiscutible, por los suministros de Navarra, por los metros cúbicos del nuevo empedrado probable de Madrid, por el nombre del señor marqués de Bedmar, que aunque parece que se lo ha tragado la tierra, aunque no se habla de él, como si no hubiera ya en España ni embajadas ni toisones, no deja, ni dejará de ser nunca, una de las personas á quienes mayor y más platónica gratitud debemos; juremos por las flores, todavía no marchitas completamente, que las vírgenes del barrio de San Bernardo sacaron motu propio, con sus tiestos y todo, á las ventanas de sus casas, cuando el dux de Fomento, el ministro del ramo, apareció en su sólida góndola por las fluidas lontananzas de aquella improvisada Venecia: juremos por las cruces pensionadas que nos proponemos pagar el mes que viene, si el tiempo lo permite; juremos por la agonía larga, refinada, dantesca, digna de sus odiosos y oscurantistas individuos, que estamos haciendo pasar á la malhadada Diputacion provincial de Madrid; juremos, en fin, por el libre cambio y por la proteccion, indisolublemente unidos, como lo están en el definido, inmutable criterio científico de la situacion; juremos que vamos á echar el resto, que vamos á hacer prodigios de legalidad y de energía, para que, despues de las elecciones municipales cercanas, no quede un conservador que lo cuente. A inculcar en el ánimo de V. y de los buenos la necesidad de ese esfuerzo, de esa victoria, de ese exterminio, y la conveniencia de ese juramento, como preparacion y garantía del éxito de la batalla, se dirigen hoy estos mal hilvanados párrafos, que la indignacion dicta, y el patriotismo aconseja.—Sí: hay que hacer, debemos hacer ese juramento. El juramento es una especie de escritura ó contrato bilateral entre la voluntad y la conciencia; y aunque no sabemos si las necesidades de la civilizacion y de la democracia nos obligarán mañana á suprimirlo en el Parlamento, para acabar de una vez con la opresion de las reservas mentales, no vemos, hoy por hoy, inconveniente alguno en adoptarlo y aconsejarlo.—Sí; hay que proceder inmediatamente á ese juramento; el cómo y el dónde debe dejarse al buen juicio de los amigos, por lo mismo que no se nos ocultan las dificultades que se oponen á dar al acto una forma colectiva y homogénea. Suponiendo que cerca de media España sea demócrata, lo cual no tenemos empeño en negar, es indudable que la otra mitad y algo más es fusionista. No es posible, pues, celebrar una reunion electoral de nueve millones de electores, en local apropósito y con puntual asistencia; pero sí es posible y fácil, y esta es la idea que sometemos desde luego á la consideracion de la parcialidad en conjunto, que cada jefe de fa-

*E. en 30 de Enero de 1883*

milia lo haga en su domicilio, reuniendo en él á sus deudos, dependientes y vecinos sueltos, y haciéndoles contraer con ese pacto de almas la obligacion moral de apercibirse al combate, vengador y salvador á un tiempo, que nos llama. Y como es posible que en muchos hogares no se encuentre á mano signo religioso, cruz, biblia ó reliquia sobre que se puedan extender y apoyar solemnemente las manos de los circunstantes, proponemos, por vía de complemento á nuestra idea, que el juramento se haga hincando la rodilla ante la inolvidable carta del Sr. Castelar al director de *La France*, ante ese documento inmortal, donde se declara que la España de *la Fusion* no tiene ya que envidiar nada á las naciones más liberales y felices del globo, y que por esta espóntanea y justiciera declaracion, ha tomado para todos nosotros un carácter sagrado. Conocemos á muchos correligionarios que han puesto ya ese papel en un marco, sobre el sofá de la sala; y como los que no hayan hecho eso, lo tendrán, de seguro, doblado y guardado en su mejor bolsillo, resulta que todos podrán jurar ante él y sobre él, cómoda y unánimemente.—¡Ah! séanos permitido decirlo, con lágrimas en los ojos; cuando el eco de ese juramento suba al cielo de la libertad, la España fusionista se parecerá á la sociedad cristiana en su infancia, al sencillo y heróico pueblo que, esquivando en las catacumbas las iras tiránicas y conservadoras de los mónstruos coronados de Roma, se reunia á orar y á fortalecerse... pero desechemos todo recuerdo conmovedor. No es esta ocasion de enternecimientos.

¡Sí; guerra á muerte á los conservadores! Ha llegado el momento de desembozarnos, tanto más cuanto que ya no podemos sujetar el embozo, que se nos cae á ojos vistos. ¿Ni para qué sujetarlo? Un ódio mortal, un ódio inextinguible nos separa de cuanto á conservador huela y trascienda. Las razones de ese ódio las escribirá mañana la Historia. Hoy no tenemos nosotros reparo en escribirlas. Son razones de orígen, razones de principios y razones de estructura, de modo de ser: que todas estas razones entran por mucho en los ódios de partido, considerados como síntomas de su vitalidad y de su pujanza. Pues si Santa Teresa ha definido al demonio como un sér desdichado, que no sabe amar, nosotros creemos que hay una desdicha mayor que la de Luzbel, y es la del partido que no sabe odiar. ¿Quereis tener grandes partidos? Pues dadles, no sólo grandes destinos, sino grandes aborrecimientos. Pues bien; nosotros somos un partido con memoria, con memoria del mal, se entiende, que es la memoria colectivamente útil, porque la del beneficio, la del goce, la de lo que se tuvo y se debe, esa es una memoria enervante y contraproducente. ¿De qué nos serviria á nosotros recordar que fuimos el partido de una dictadura republicana, ni que las exigencias de la desgracia nos hicieron ir á varias elecciones bajo el amparo de preceptos conservadores? En cambio, guardamos y hemos de guardar siempre la triste, la horrible memoria de los seis años de aquella corrupcion obstruccionista, pérfida é infame, con que la política conservadora entorpeció, aplazó y detuvo la determinacion final del fusionismo, y nos tuvo año tras año en el mísero estado de embrion, de gérmen, de amenaza, proyecto y conato de partido, que tantas amarguras nos hizo devorar, y que no podia ménos de producir el guarismo fabuloso de nuestros acreedores. Nosotros no podremos, ni queremos olvidar nunca que, si las redes, si los lazos, si las seducciones sórdidas y criminales de aquella política no se hubieran ejercido con los que son hoy nata, flor y crema de nuestro partido, otro gallo, es decir, el mismo gallo que hoy, pero mucho ántes, nos hubiera cantado. ¿Quién detuvo, primero en el sillon presidencial y luego en Llanes á un Posada Herrera, durante tres ó cuatro años? Esa política. ¿Quién dió á un Martinez Campos, y por no ménos tiempo, las apariencias de un conservador, lo mismo en Barcelona, que en la Habana, que en el palacio de la Presidencia? Esa política. ¿Quién decoró con el último entorchado, y con la mayor pension, y lo sujetó en Cuba y en la Junta Consultiva, á un Jovellar, impidiendo su reconciliacion con el ilustre duque que nos preside honorariamente? Esa política. ¿De dónde salieron, tras una larguísima vacilacion inconcebible, un Alonso Martinez, un Groizard, un Vega de Armijo, un Barca? De esa política, y de sus empleos. ¿Dónde estaban aún ayer mañana, como quien dice, los Inclanes, los Fabiés, los Tetuanes, los Pavías, y tantos otros espíritus indomables? En esa política, entre las garras de esa política. ¡Política maldita, política carcelaria, política anestésica, que convirtió á tantos héroes y á tantos sábios en ministeriales insensibles, y que nos hizo contarnos, y esperar, y desesperar tantas veces y tantas legislaturas! ¿Quién podrá arrancar nunca de nuestra memoria esos funestísimos recuerdos? ¡Guerra, guerra sin cuartel á los autores del martirio de nuestro orígen!—En cuanto á las razones de principios, no digamos nada. Esos políticos de brocha gorda, esos malos monárquicos,

que creen que la monarquía es ántes cuestion de fé que de tolerancia, esos peores dinásticos, que creen que el ejército, la justicia, el derecho, el trabajo y el órden bastan para no temer pronunciamientos, esos pésimos liberales, que han estado viendo á un elemento tan importante de la libertad como es la democracia, ganosa y ávida de ser ministerial, y han pasado año tras año sin que se les moviera el alma para ofrecerla un triste centenar de distritos, que es lo que pide por ahora; ¿pueden poner sus principios estériles, en parangon con los nuestros? Con todo el mundo, sin excepcion, podemos nosotros transigir teórica y prácticamente, ménos con esos *soi-dissant* caballeros. Sacrificándolos hoy en la eleccion municipal, mañana en las de diputados y senadores, persiguiéndolos, acorralándolos sin descanso ni misericordia, posponiendo sus nombres y candidaturas á cualesquiera otras, serviremos nosotros á la monarquía, como debe hacerlo una grande y leal política, para quien la legalidad no tiene excepciones de ninguna clase, ni áun aquellas que irreconciliable y tenazmente se jactan de serlo. Nosotros queremos la monarquía para los liberales. ¿Hay liberales que no vienen á ella? Pues nosotros la ponemos en su poder, de grado ó por fuerza, y el resultado es el mismo. ¿Qué nos importa, cuando tras este gran ideal corremos, el clamoreo estólido de los que se creen con derecho de primacía dentro de la legalidad? Aquí ya se acabaron las vanas ficciones del tecnicismo representativo, todas esas zarandajas del turno de los partidos, de las corrientes de opinion y de la legitimidad de los factores constitucionales. Y en último término, como dice nuestro amigo *El Globo*, si un estado político no puede existir sin elementos conservadores, y sin partidos que representen esa fuerza, con dar nosotros un pequeño salto, que no seria el primero, desde la izquierda á la derecha, ¿creen los doctrinarios que no tendriamos un posibilismo capaz de darnos juego enfrente, y mejor juego que ellos? Con la ventaja de que no llamándose monárquico, podria pedírnoslo todo, ménos el poder. No necesitamos, pues, para nada, ni nosotros, ni las instituciones, del concurso de esos políticos pedantes. ¡Bandera negra ante los fanfarrones innecesarios de la monarquía! Y en cuanto á las que hemos llamado razones de estructura y de modo de ser, bien claras y patentes están en la conciencia pública. Esos señores no comprenden que el estudio, el patriotismo, la penuria, el contacto con las clases aquejadas del cuerpo electoral, y el hábito engendrado por la biografía, lleguen á hacer secundario el bien parecer. Esos señores, esclavos del aseo enervante y del servil cepillo, quieren tener con nosotros hasta la incompatibilidad de la ropa. Sea, pues, en buen hora, y desde hoy les aseguramos que dentro de muy corto plazo, al espirar el tiempo preciso para que algunos elementos centralistas se nos identifiquen en lo externo por completo, y pierdan, sin esperanza ni deseo de recobrarle, el falso aspecto conservador que sus antiguas procedencias les imprimieron, hemos de tener á gala el ser un partido hasta mal vestido. Lo cual no nos ha de impedir el ponernos, pese á quien pese, el uniforme, para las ceremonias que lo requieran.

¡Sús, pues, fusionistas de todas clases, de todas edades, de todos los haberes y comités! Ya lo habia dicho nuestro *Independiente*, y ya es tiempo de que lo repitan con nosotros todos los ámbitos y dominios españoles: ¡A ellos! ¡A los conservadores! Las elecciones de Ayuntamientos son la mitad de la gran partida que hay que ganarles. Ganémosla. Querer es poder, sobre todo cuando se puede. Esto es más que una guerra política, más que fueron *las vísperas sicilianas*; esto es más que una guerra religiosa, más que fué *la noche de San Bartolomé* en París; esto es una guerra de raza, que es todo eso á un tiempo. Esto es, pura y sencillamente, la tercera reconquista. Viriato se sacrificó en la primera, Pelayo no pudo evitar que la segunda durase siete siglos; pero nosotros emprendemos la tercera con el mango de la sarten en la mano, la lumbre encendida y el apetito insaciable. ¡A ellos! ¡A los nuevos sicarios de la nueva Roma reaccionaria! ¡A los nuevos mahometanos del oscurantismo! ¡Que no quede piedra sobre piedra del organismo oficial en que tantos años han comido en nuestras barbas la sopa boba! Que dentro de poco, cuando venga un extranjero á España, si por mera curiosidad quiere ver uno, no pueda hallarle fuera de su casa, único asilo que hasta nueva providencia les concedemos. Piensen ustedes, amigos, correligionarios, hermanos nuestros; piensen ustedes que el conservador á la española es una planta venenosa que retoña y brota como no se la arranque y extirpe de raíz. Todos nuestros movimientos históricos, modernos; todos nuestros motines, todos los esfuerzos de nuestra nacionalidad para dar la preferencia á unos ministros sobre otros, han acabado por ver á esa planta convertida en arbusto, y á ese arbusto despojarse de sus hojas y convertirse en palo, y á ese palo dar cuenta, á su impía manera, de todas las bullangas más ó ménos largas. Tenemos, pues, un interés vital en que los conservadores se extingan; ¿y qué ma-

nera más apropósito para conseguirlo que el suprimirlos? Un recuerdo bufo nos asalta en este momento, que no por serlo deja de tener su enseñanza y su aplicacion. Nosotros no podemos desdeñar sistemáticamente enseñanza alguna, por bufa que sea. Dice el general *Bumbum* en *La Gran Duquesa*, cuando expone en consejo su plan de campaña: El enemigo no puede venir hácia mí sino por el camino de la derecha, ó por el de la izquierda. Pues yo, decididamente, tomo por el de enmedio, y mi objeto principal, que es el de procurar á toda costa la conservacion de mi ejército, se cumple. Yo tengo la certeza de que no encontrándome con el enemigo, mis soldados nada tienen que temer. Pues digamos nosotros ¡oh fusionistas! algo que se derive de una lógica tan irrebatible. ¿Queremos exterminar á los únicos verdaderos enemigos de *la Fusion*? Pues no dejando en pie uno sólo, respondemos del éxito. Y, por otra parte, no perdamos de vista que esos malhechores políticos son para nosotros una impedimenta, un estorbo, un obstáculo eterno. Nosotros vamos á un porvenir especial, soñado y engendrado por nuestra meridional fantasía, pero hermoso entre los hermosos. Nosotros queremos fundar un órden monárquico que se imponga por el amor, por la amabilidad y la francachela, á todas las impaciencias del desórden democrático. ¿Qué falta nos hacen para esta empresa los que quieren ver en la institucion algo más que un buen camarada? La de los perros en misa. No harán más que entorpecernos, desesperarnos y deshonrarnos. Deshonrarnos, sí; porque si la monarquía ve que permitimos y llevamos en su séquito, en su compañía, la presencia de sus exclusivistas amigos de siempre, de los que nunca la han dejado echar una cana al aire con el alegre y bonachon radicalismo, de los que siempre han preferido para ella la amistad de la nacion íntegra, á la de una masa concreta, ya tenga gorro negro ó encarnado; si la monarquía ve esto, podrá decirnos con perfecto derecho que la hemos engañado, que no era esto lo prometido, que para este viaje no necesitaba ella alforjas, y que la devolvamos el dinero, es decir, los nombramientos. No: nosotros no podemos llevar ese contingente conservador á la realizacion de nuestro coruscante propósito. Una monarquía con monárquicos, la hace y la sostiene cualquiera. La gracia ha de estar en consolidarla é inmortalizarla sin que se dé tono á su lado un sólo elemento legítimamente suyo, ni para un remedio. Y como los maldecidos conservadores han de intentar, con uñas y pies, el oponerse á esto, ¡guerra sin piedad á esos energúmenos! Confiamos, por tanto, Sr. D..., en que el llamamiento á esta guerra santa no encontrará sordos é indiferentes ni á V. ni á sus contertulios, y en que sabrán ustedes tomar la parte alícuota que les corresponda en la gran pelea. ¡A ellos, á los verdugos de frac, y caiga el que caiga! Esperando, por supuesto, que entre los que caigan no nos contaremos ni V., ni sus afectísimos servidores, Q. B. S. M.

Por la Sociedad,

JUAN SANCHEZ.

## ADVERTENCIA.

*En la solemnidad del próximo Jueves Santo, no se publicarán las* CARTAS FUSIONISTAS.

BIBLIOTECA SALA DE VARIOS CREADA EN 1867

## CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

Las CARTAS FUSIONISTAS se publican los jueves y domingos de cada semana.

Precio de suscricion: ocho reales al mes en Madrid, diez en provincias y veinte en Ultramar y el extranjero.

Se suscribe en la Administracion de las CARTAS, calle de Fuencarral, 39, 3.º derecha; en la imprenta de D. Manuel G. Hernandez, Libertad, 16, bajo; en la librería de D. Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2, y en las principales librerías de España.

MADRID, 1881.—Imprenta de Manuel G. Hernandez, Libertad, 16 duplicado.